

MAXIMILIANO CRESPI

Los ensayos reunidos por Arnaldo Calveyra en *El caballo blanco de Mozart* vienen a ratificar la coherencia editorial de La Bestia Equilátera. El volumen presenta una prolija colección (y no una serie); su aparente heterogeneidad no impide rastrear en él un principio de organización del material (en función de constantes temáticas) que disuelve la arbitrariedad de lo cronológico. Y es por eso plausible que los textos recogidos estén condenados a desplegar una influencia retroactiva sobre esa arisca obra cuyo autor describe como un trabajador aprendizaje del silencio y cuyo valor no ha sido aún argumentado con probidad.

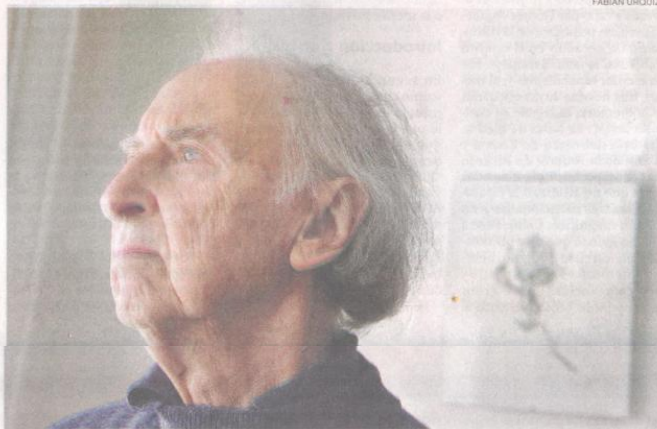
Escritos mayormente en Francia, donde Calveyra vive desde los 60, e inéditos en libro, estos textos pueden ser leídos en la prolongación de dos metáforas elementales que asisten a una configuración que remite a ciertos tropos visibles de la poética calveyriana: la luz y el agua. El agua, tópico recurrente de esa poética que crece en la distancia, atraviesa nombres, usos alegóricos y estados: es un río (Bièvre) que es otro (Uruguay) y es aún ese río presentado en que se pierden los restos de memoria rota de un barrio de frontera historizado por el río "enterrado, como a orillas de la literatura"; es sombra de un poema de luz anfibia que destiñe las calles de Rezé cargada del abanico abierto por el Loire y el Sèvre; es el Paraná, el Sena y es el Río de la Plata, pero es también mar, lluvia, rocío, niebla y riachuelo, y es una mancha de tinta que se extiende sobre el papel secante.

Las metáforas de la luz, por su parte, invitan a pensar el texto como un tratado de variaciones sobre el tema. Una retórica de la luz se deja leer ya en la imagen de Mozart en un juego de espejos entre la palabra del teatro (no escrito) y el teatro de la palabra en sus cartas, atraviesa con una mirada desnaturalizadora lo invisible cotidiano (el milagro secreto de la calle Mazarine), se extiende en un *entretien infini* adivinada y vivida (conversar es escuchar) desde la ventana de un hotel de Kyoto, y se proyecta al sueño de un encuentro madrileño con Antonio Machado, que en algo recuerda al de Borges y Lugones en el umbral de El hacedor (y que aún se desdobra en el "cuento" que, desde una luminosa ceguera, Borges obsequia al olvido del entrerriano). La metáfora de la luz es un catalizador de

ENSAYOS

Escritos en los arrabales del poema

Una colección de textos del poeta entrerriano Arnaldo Calveyra donde luz y agua fluyen entre un viaje por Uruguay y críticas a los "discípulos" de Gombrowicz.



Luminoso. Calveyra propone una escritura cargada de brillo, un ejercicio de prosa decadentista.

sentidos. Permite al poeta hacer propios esos "detalles" ("esos lugares por donde no pasa nadie") que incorpora a la constelación de experiencias de lo propio. La luz dispone la efusión de una pesadilla en el Parque Güell y el caos de imágenes de un viaje en ómnibus de Colonia a Montevideo, al tiempo que une la luminosa ubicuidad del *hic et nunc* en las imágenes de Lafarge, "la luz robada al mar" en los arrabales pergeñados por Mordzinski, "la exultación de la luz" en el paisaje portuario de Saint-Nazaire, el cielo luminoso en que se borra la pelota de trapo en un baldío de provincia, y la lejana voz

CALVEYRA BASICO

MANSILLA, ENTRE RÍOS, 1929.
POETA

Se licenció en Letras en La Plata y a comienzos de la década del sesenta una beca de investigación lo llevó a París, donde vive desde entonces, dedicado a la docencia y la literatura. Algunos de sus libros son "Cartas para que la alegría" y "Diario de fumigador de guardia", entre otros. Su "Poesía reunida" fue editada por Adriana Hidalgo.

del profesor que explica la liturgia del "orden temperado" o se sienta al piano a tocar una sonata de Beethoven para "arrojar una lumbre en las paredes de esa oscuridad llamada música" o que, transigrado a la voz del poeta, traza los rasgos mínimos de esa comunidad imposible que es el aula. Más aún: pese a que no siempre se caracteriza por el brillo, también responde a esa condición la mirada oblicua que se vierte sobre ciertas experiencias literarias como Pedro Páramo (leído como un poema escrito al amparo de elementos del teatro Noh), El Mahabharata (a través de los alucinados ojos

de Peter Brook), la curiosidad de Montaigne (Narciso fundador de la literatura moderna que interroga la promesa kafkiana que guarda la leyenda de El Dorado), las notas sobre la interminable partida que implica el "escribir" en los textos de "los últimos días" de Leiris (que no dejan de aludir a su propio fantasma), o el dilema de la traducción a la luz del tartamudeo producido entre la palabra del poeta y la de Laure Bataillon (la traductora obstinada en su lucha contra el amodorramiento de la lengua).

En ejercicio de una prosa poética de exquisitez decadentista, a la que con razón importa menos la articulación argumentada de la idea que la experiencia que en el lenguaje se hace en el revés de la búsqueda que la pretexto, Calveyra propone una escritura cargada de un brillo que consigue mitigar la intrascendencia de ciertos pasajes, ciertas escenas, evocaciones y confesiones responden más a las demandas del imaginario del poeta que al deseo de "verse implicado, perfectamente presente ahí donde el sentido titubea a favor y en función de algo que no estaba". Amén de una sutil inyectiva sobre La invención de Morel, una mordaz crítica a los "discípulos" de Gombrowicz según el filme de Fischerman, y unas menos irónicas que chicaneras líneas dedicadas al "realismo" y la "nacionalización de la literatura" alentados a partir de 1945, escrito "a eclipses", desde una condición genérica "marginal" y desde la asunción de lo "ocasional" como lugar de la verdad, el libro está compuesto desde una pulsión ajena al libido de la polémica. El fraseo, que por momentos toma la libertad rigurosa de la sintaxis latina, devuelve el ensayo a los arrabales del poema y lo anuda a esa pasión insensata que es la de escribir y seguir escribiendo en "la desilusión anticipada de la página". La prosa, "piedra de toque del poema", hace posible así el retorno de ese "tiempo suspendido" que caracteriza la poética calveyriana, donde sólo "el ritmo acarrea el sentido". Es en esos fraseos donde se produce, deseo último de esa imposible (y por ello necesaria) arqueología de la luz, la experiencia de los matices, el centelleo fugitivo de las palabras que graban, a buril, como en los alejandrinos de "Luz de provincia" de Mastronardi o en un centímetro de tela pintado por Cézanne, la intensidad de una verdad literaria.

El caballo blanco de Mozart

ARNALDO CALVEYRA
LA BESTIA EQUILÁTERA
226 PÁGS.
\$ 63



CONTEXTO

Escritos mayormente en Francia, donde el autor vive desde los años 60, e inéditos en libro hasta ahora, el volumen muestra una escritura cargada de un brillo que consigue mitigar la intrascendencia de ciertos pasajes.

FRAGMENTO

"Poema es, ante todo, poder contemplar a través de la lengua; si mientras uno lee un poema no puede ver a través de la lengua, si el poema, lo que el poema dice, entorpece la mirada en su camino hacia la lengua, no hay poema." (Arnaldo Calveyra, "In Signo Balbuli", "El caballo blanco de Mozart", pág. 104).

QUE SE DIJO

"Arnaldo Calveyra, que durante treinta años fue poco menos que un desconocido en su propio país, es hoy uno de los poetas argentinos más leídos, seguidos, atendidos." (Edgardo Dobry, Letras Libres)